

El potencial desaprovechado: juventudes fuera de la educación y el empleo en Argentina

La juventud representa una etapa decisiva para el desarrollo personal y social, caracterizada por una mayor capacidad de aprendizaje, adaptación, creatividad e innovación. Históricamente, los jóvenes han participado activamente en transformaciones políticas, económicas, científicas y culturales, por lo que constituyen una de las principales fuerzas de renovación de una sociedad.

En este contexto, la existencia de una proporción significativa de jóvenes que no estudian ni trabajan plantea una contradicción profunda: quienes deberían encontrarse desarrollando capacidades, incorporándose al mercado laboral y participando de la vida social permanecen fuera de los principales mecanismos de integración. Sin embargo, el término “nini” puede resultar estigmatizante, ya que reúne situaciones muy distintas, como el desempleo, el abandono educativo, las tareas de cuidado no remuneradas, la informalidad y el desaliento laboral.

Por ello, el fenómeno no debe atribuirse simplemente a una falta de voluntad individual. Se trata de un problema multidimensional relacionado con la pobreza, el abandono escolar, la escasez de empleo formal, la falta de experiencia, las responsabilidades familiares, las desigualdades territoriales y la pérdida de expectativas de progreso.

En Argentina, estas dificultades se ven agravadas por los problemas para finalizar la educación secundaria, la elevada informalidad, las crisis económicas recurrentes y un sistema de cuidados que recae principalmente sobre las mujeres. La desvinculación prolongada puede reducir los ingresos futuros, limitar la adquisición de habilidades, dificultar la autonomía económica y aumentar el riesgo de pobreza.

Desde una perspectiva colectiva, el fenómeno implica una pérdida de capital humano, productividad, innovación y capacidad de transformación. El presente trabajo analizará su dimensión, composición, causas y consecuencias en Argentina, y lo comparará con otros países. La hipótesis central sostiene que la exclusión de los jóvenes de la educación y del trabajo no constituye únicamente un problema social o laboral, sino también el desaprovechamiento de una de las principales fuerzas de desarrollo y renovación de una sociedad.

La juventud como motor de transformación social

La juventud ocupa una posición fundamental en toda sociedad. Es una etapa en la que se consolidan conocimientos, capacidades productivas, vínculos sociales y proyectos personales, pero también un período decisivo para la renovación colectiva. Las nuevas generaciones reciben las instituciones, tecnologías y formas de organización construidas anteriormente, aunque las interpretan desde una experiencia distinta y contribuyen a transformarlas.

Los jóvenes suelen poseer una elevada capacidad de aprendizaje, adaptación y experimentación. Estas cualidades adquieren especial importancia en contextos de cambios tecnológicos, económicos y sociales acelerados. Al haber crecido en entornos más recientes, generalmente presentan una mayor familiaridad con nuevas herramientas de comunicación, producción y organización. También pueden mostrar mayor flexibilidad para modificar sus trayectorias, desarrollar habilidades y participar en actividades emergentes.

Esta disposición a explorar alternativas, asumir riesgos y cuestionar modelos establecidos convierte a la juventud en una fuente potencial de innovación. Al incorporarse a la actividad económica, las nuevas generaciones aportan conocimientos recientes, competencias diferentes y nuevas perspectivas sobre la organización del trabajo. Su participación facilita el recambio generacional dentro de empresas, organismos públicos, instituciones científicas y actividades profesionales.

Los jóvenes también pueden contribuir a introducir tecnologías, actualizar procedimientos y crear nuevos proyectos. Sin embargo, esta relación entre juventud e innovación no debe idealizarse. La creatividad y la energía individual no resultan suficientes si no existen educación, infraestructura, estabilidad, financiamiento y redes de apoyo. El potencial juvenil solo puede transformarse en desarrollo cuando una sociedad ofrece oportunidades concretas de formación, empleo y participación.

Cuando los jóvenes acceden a una educación adecuada y a empleos de calidad, pueden convertirse en un factor importante de modernización. En cambio, cuando enfrentan abandono educativo, desempleo prolongado o inserciones laborales precarias, su capacidad de contribuir al desarrollo se reduce. En esos casos, no solo se deterioran sus oportunidades personales, sino también la capacidad de la economía para incorporar tecnologías, generar actividades y adaptarse a los cambios.

La influencia juvenil tampoco se limita al ámbito económico. A lo largo de la historia, los jóvenes han participado de manera significativa en transformaciones políticas, sociales y culturales. Muchos procesos de cambio contaron con su presencia en la difusión de nuevas ideas, el cuestionamiento de desigualdades y la modificación de instituciones o valores consolidados.

Esto no significa que todos los jóvenes compartan las mismas ideas ni que su participación sea siempre positiva. La juventud no constituye un grupo homogéneo, ya que existen diferencias sociales, económicas, culturales, territoriales y políticas. Sin embargo, la incorporación de las nuevas generaciones resulta indispensable para renovar la vida pública y evitar que las instituciones se distancien de las transformaciones que atraviesa la sociedad.

Desde una perspectiva económica y social, la juventud representa además una etapa decisiva para la formación de capital humano. Durante estos años se adquieren conocimientos, habilidades laborales, experiencia y redes de contacto que pueden influir sobre toda la trayectoria adulta. La educación constituye uno de los principales mecanismos para ese desarrollo, pero el trabajo también proporciona aprendizajes importantes, como autonomía, responsabilidad, organización y capacidad para resolver problemas.

Por ello, la transición entre la educación y el empleo constituye un momento especialmente sensible. Una inserción adecuada puede iniciar una trayectoria positiva, en la que la experiencia facilita el acceso a nuevas oportunidades, mayores responsabilidades y mejores ingresos. Por el contrario, una desvinculación prolongada puede generar el efecto opuesto.

Quienes permanecen fuera del estudio y del trabajo no solo dejan de recibir ingresos, sino que también pierden oportunidades de aprendizaje, experiencia y construcción de redes. La falta de antecedentes laborales puede dificultar futuras contrataciones, mientras que la interrupción educativa limita el acceso a ocupaciones de mayor calidad. El costo no se reduce, entonces, a la producción que deja de realizarse, sino que incluye el capital humano que no llega a desarrollarse.

La educación y el empleo también cumplen una función central en la movilidad social. A través de ambos mecanismos, los jóvenes pueden mejorar sus condiciones de vida, alcanzar una mayor independencia y construir una situación diferente a la de sus familias de origen. Cuando perciben que el esfuerzo educativo y laboral ofrece

posibilidades reales de progreso, existen mayores incentivos para continuar estudiando, buscar empleo y participar de las instituciones.

En cambio, cuando la educación no parece garantizar mejores oportunidades y el mercado laboral ofrece principalmente ocupaciones precarias, pueden aparecer frustración, desaliento y abandono. Estas trayectorias no dependen únicamente de la voluntad individual. El origen social, el territorio, la calidad educativa, la disponibilidad de empleo y las responsabilidades familiares condicionan profundamente las posibilidades de cada joven.

La importancia económica, política y cultural de la juventud permite comprender la gravedad del fenómeno de quienes no estudian ni trabajan. La contradicción radica en que el sector potencialmente más dinámico de la sociedad permanece fuera de los principales canales de formación e integración productiva. La energía no se transforma en aprendizaje, la creatividad no encuentra espacios donde desarrollarse y la capacidad de adaptación no se convierte en innovación.

El verdadero problema es que una parte de los jóvenes no logra integrarse de manera estable al sistema educativo, a la capacitación o al mercado laboral. Incluso cuando realizan otras actividades, estas no siempre les permiten adquirir conocimientos, experiencia, ingresos, derechos laborales o autonomía económica.

La integración juvenil constituye, por lo tanto, una cuestión estratégica para cualquier país. Las sociedades necesitan a las nuevas generaciones para incorporar tecnologías, renovar sus estructuras productivas y responder a los desafíos futuros. Esta necesidad adquiere mayor importancia ante el avance de la automatización, la inteligencia artificial y la digitalización, que modifican las habilidades demandadas y las formas de organización del trabajo.

Una población joven no representa por sí sola una ventaja para el desarrollo. Para que su potencial se transforme en progreso debe existir una articulación efectiva entre educación, empleo, políticas sociales y estructura productiva. Cuando esa articulación funciona, la juventud puede actuar como una fuerza de innovación y renovación. Cuando fracasa, esa oportunidad se convierte en frustración, desigualdad y pérdida de capacidades.

El desafío no consiste únicamente en reducir la cantidad de jóvenes que no estudian ni trabajan, sino en fortalecer los mecanismos que les permitan aprender, incorporarse al empleo, participar y proyectar su futuro. Una sociedad que logra

integrar a su juventud fortalece su capacidad de crecimiento y transformación; una que no lo consigue compromete las oportunidades de una generación y sus propias posibilidades de desarrollo.

Definición del fenómeno y criterios metodológicos

El análisis de los jóvenes que no estudian ni trabajan exige una definición precisa. La expresión “nini”, aunque ampliamente utilizada, puede resultar simplificadora y estigmatizante, ya que agrupa situaciones muy diferentes y puede sugerir que quienes integran esta categoría permanecen voluntariamente inactivos.

En el ámbito internacional se emplea la sigla NEET, derivada de *Not in Employment, Education or Training*. El concepto comprende a los jóvenes que no tienen empleo y tampoco participan de actividades educativas o de capacitación. Ambas condiciones deben cumplirse simultáneamente: un joven desempleado que continúa estudiando no forma parte del grupo, como tampoco quien trabaja, aunque no estudie.

La categoría incluye realidades diversas. Algunos jóvenes buscan empleo y no lo consiguen; otros dejaron de buscar por desaliento, tienen problemas de salud o se encuentran a cargo de tareas domésticas y de cuidado. Por ello, resulta más preciso hablar de jóvenes desvinculados de la educación y del empleo o de jóvenes en situación NEET, entendiendo que se trata de una condición que puede ser transitoria.

Esta situación no debe confundirse con el desempleo. Una persona desempleada no tiene trabajo, pero busca activamente una ocupación. En cambio, dentro del grupo NEET también se incluyen jóvenes inactivos que no trabajan ni buscan empleo. Entre ellos pueden encontrarse personas desalentadas, jóvenes con responsabilidades familiares o quienes atraviesan circunstancias temporales que dificultan su participación.

La diferencia es importante porque cada situación requiere respuestas distintas. Un joven que busca su primer empleo enfrenta obstáculos diferentes de una mujer que no puede estudiar o trabajar por estar a cargo del cuidado de sus hijos. Del mismo modo, quien abandonó la escuela secundaria necesita una política diferente de quien posee estudios superiores, pero no encuentra una ocupación adecuada.

La categoría, además, debe diferenciarse de la informalidad laboral. Un joven que realiza una changa o trabaja sin contrato continúa siendo considerado ocupado, aunque su empleo sea precario. En consecuencia, una reducción de la tasa NEET no

implica necesariamente una mejora en la calidad laboral, ya que puede deberse tanto al acceso a empleos formales como a la expansión de ocupaciones informales o inestables.

En Argentina, la principal fuente para analizar el fenómeno es la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), elaborada por el INDEC. La EPH permite conocer la situación educativa, laboral y socioeconómica de la población de los principales aglomerados urbanos. Considera ocupada a toda persona que haya realizado una actividad laboral durante el período de referencia, incluso si se trató de una changa, una actividad independiente o un trabajo informal.

Esta definición permite captar distintas formas de empleo, pero también puede clasificar como ocupadas a personas con inserciones muy inestables o insuficientes para alcanzar autonomía económica. Además, la cobertura de la EPH se concentra en áreas urbanas, por lo que sus resultados no representan necesariamente la situación de las zonas rurales y de las localidades más pequeñas.

La edad utilizada constituye otro criterio fundamental. Las comparaciones internacionales suelen considerar a los jóvenes de 15 a 24 años, aunque otras fuentes amplían el universo hasta los 29. Esta extensión responde a que la transición entre la educación y el empleo se ha prolongado y muchas personas alcanzan una inserción estable después de los 24 años.

Para este trabajo se utilizará principalmente la franja de 15 a 29 años, ya que permite analizar de manera más completa la transición hacia la vida adulta. Cuando las fuentes internacionales empleen el grupo de 15 a 24 años, esa diferencia será aclarada para evitar comparaciones inexactas.

Existen, además, diferencias en la forma de medir la participación educativa. Algunas fuentes incluyen cursos de formación profesional y programas de capacitación, mientras que otras consideran únicamente la educación formal. Por ello, un joven puede ser clasificado como participante de una actividad formativa en una medición y como desvinculado en otra.

Otra limitación es que las encuestas muestran la situación de una persona en un momento determinado, pero no necesariamente su trayectoria. Muchos jóvenes alternan entre empleos informales, desempleo, estudio y períodos de inactividad. Permanecer fuera de la educación y del trabajo durante algunas semanas no tiene las mismas consecuencias que hacerlo durante varios años.

La categoría tampoco permite conocer por sí sola el grado de vulnerabilidad. Algunos jóvenes se encuentran temporalmente fuera de ambas actividades mientras esperan comenzar una carrera o buscan empleo. Otros permanecen desvinculados durante períodos prolongados y acumulan desventajas educativas, laborales y sociales.

Por esta razón, la tasa NEET debe complementarse con otros indicadores, como el desempleo juvenil, la informalidad, la pobreza, la finalización escolar, el nivel educativo y las responsabilidades de cuidado. También será necesario diferenciar los resultados según edad, sexo y situación socioeconómica.

La distinción por género resulta especialmente importante. Los varones pueden concentrarse en mayor medida entre quienes buscan trabajo, mientras que muchas mujeres aparecen como inactivas debido a las tareas domésticas y de cuidado. Sin esta diferenciación, se corre el riesgo de interpretar como ausencia de actividad un trabajo no remunerado que limita las posibilidades de estudiar o acceder a un empleo.

En este trabajo se considerará como jóvenes que no estudian ni trabajan a las personas de entre 15 y 29 años que no se encuentran ocupadas ni participan de actividades educativas o de capacitación reconocidas por la fuente utilizada. Cuando sea posible, se diferenciará entre jóvenes desempleados e inactivos, así como por sexo, edad, nivel educativo y responsabilidades familiares.

El indicador será utilizado como punto de partida para dimensionar el problema, pero no como una explicación suficiente. El objetivo será comprender quiénes integran esta categoría, qué obstáculos enfrentan y qué posibilidades poseen de construir una trayectoria educativa y laboral estable.

Dimensión y evolución del fenómeno en Argentina

La presencia de jóvenes que no estudian ni trabajan constituye un problema persistente en Argentina. Aunque su incidencia se redujo durante las últimas décadas, todavía existe un grupo considerable que permanece fuera de los principales espacios de formación e integración productiva. Esta situación afecta de manera desigual a hombres y mujeres y se relaciona con las dificultades del sistema educativo, las características del mercado laboral y las responsabilidades familiares y de cuidado.

A largo plazo, la evolución muestra una reducción moderada del fenómeno. Entre 2003 y 2019, la proporción de jóvenes de 18 a 24 años que no estudiaban ni trabajaban disminuyó del 26,4% al 23,7%, es decir, 2,7 puntos porcentuales. Al mismo tiempo, el porcentaje de quienes se dedicaban exclusivamente a estudiar aumentó del 23,4% al 32,8%, lo que representa un crecimiento de 9,4 puntos. Esta transformación refleja una mayor permanencia dentro del sistema educativo y una incorporación más tardía al mercado laboral.¹ (véase Tabla 1).

**Tabla 1. Jóvenes de 18 a 24 años según situación educativa y laboral.
Argentina, 2003 y 2019**

Indicador	2003	2019	Variación
No estudia ni trabaja	26,4%	23,7%	-2,7 p.p.
Estudia exclusivamente	23,4%	32,8%	+9,4 p.p.

Fuente: elaboración propia sobre la base de CEPAL/OIT (2022).

La expansión de la asistencia educativa constituye un avance, ya que puede favorecer la acumulación de conocimientos y mejorar las oportunidades futuras. Sin embargo, debe analizarse junto con la calidad de los aprendizajes, la finalización efectiva de los estudios y las posibilidades concretas de acceder posteriormente a un empleo. Permanecer más tiempo dentro del sistema educativo no garantiza por sí solo una inserción laboral satisfactoria.

Una estimación para la población urbana de 15 a 29 años muestra que en 2014 el 20,2% de los jóvenes argentinos no estudiaba ni trabajaba de manera remunerada. En 2023, esta proporción se había reducido al 15,5%. En términos generales, Argentina pasó de una situación en la que aproximadamente uno de cada cinco jóvenes permanecía fuera de ambas actividades a otra en la que la incidencia se aproxima a uno de cada seis.²

Esta reducción representa una mejora significativa, pero no implica que el problema haya sido resuelto. El porcentaje continúa representando una proporción importante

¹ Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL] & Organización Internacional del Trabajo [OIT]. (2022). *Coyuntura laboral en la Argentina: Empleo joven y transición a la formalidad laboral* (Boletín CEPAL/OIT Argentina, vol. 1, núm. 1, LC/TS.2022/98). CEPAL/OIT. Disponible en: <https://www.cepal.org/es/publicaciones/48013-coyuntura-laboral-la-argentina-empleo-joven-transicion-la-formalidad-laboral>

² Huepe, M. (2025). *Entre la escuela y el trabajo: juventudes en transición en América Latina* (Documentos de Proyectos, LC/TS.2025/116). Comisión Económica para América Latina y el Caribe. Disponible en: <https://www.cepal.org/es/publicaciones/84515-la-escuela-trabajo-juventudes-transicion-america-latina>

de jóvenes que atraviesan una etapa decisiva de sus vidas sin participar de manera estable en la educación ni en el empleo. Además, la mejora del indicador puede coexistir con trabajos informales, trayectorias educativas incompletas y entradas y salidas frecuentes entre ambas actividades.

Durante el mismo período aumentó la proporción de jóvenes que combinaban estudio y trabajo. Este grupo pasó del 9,9% en 2014 al 12% en 2023. La evolución demuestra que la transición entre la educación y el empleo no siempre se produce de manera lineal, sino que muchos jóvenes desarrollan ambas actividades simultáneamente.³

Esta combinación puede resultar positiva cuando el empleo proporciona ingresos, experiencia y conocimientos vinculados a la formación. Sin embargo, también puede perjudicar la continuidad educativa si se trata de ocupaciones informales, extensas o incompatibles con los horarios de estudio. Por lo tanto, no basta con determinar si los jóvenes trabajan, sino que también debe observarse en qué condiciones lo hacen.

Uno de los principales rasgos del fenómeno argentino es la diferencia entre hombres y mujeres. En 2014, el 13,6% de los varones jóvenes no estudiaba ni trabajaba de manera remunerada, frente al 27,1% de las mujeres. Para 2023, las tasas se habían reducido al 12% y al 19%, respectivamente. Aunque la brecha de género disminuyó, las mujeres continuaban presentando una probabilidad claramente mayor de permanecer fuera de ambas actividades.⁴ (véase Tabla 2 y Gráfico 1).

Tabla 2. Jóvenes de 15 a 29 años que no estudian ni trabajan de manera remunerada, según sexo. Población urbana. Argentina, 2014 y 2023

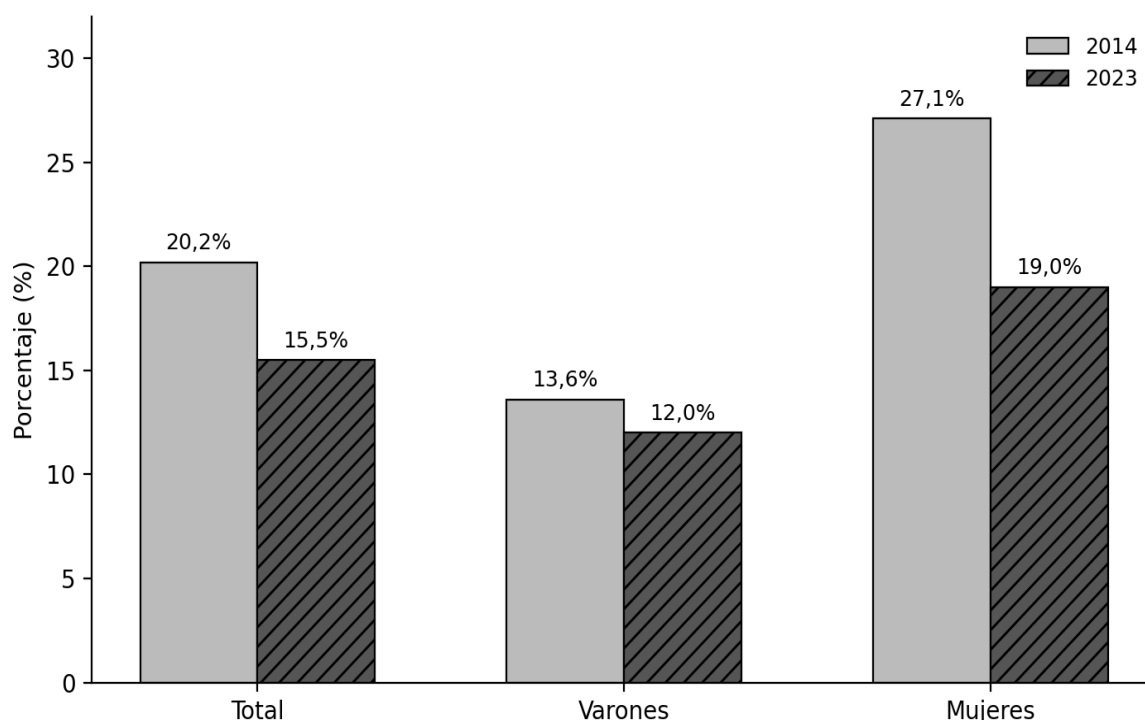
Indicador	2014	2023
Total — no estudia ni trabaja	20,2%	15,5%
Varones — no estudia ni trabaja	13,6%	12,0%
Mujeres — no estudia ni trabaja	27,1%	19,0%
Combinan estudio y trabajo (total)	9,9%	12,0%

Fuente: Huepe, M. (2025).

³ Huepe, M. (2025), op. cit.

⁴ Huepe, M. (2025), op. cit.

Gráfico 1. Evolución de la tasa de jóvenes que no estudian ni trabajan, por sexo. Argentina, 2014 y 2023



Fuente: elaboración propia sobre la base de Huepe, M. (2025).

Esta diferencia está estrechamente relacionada con la distribución desigual de las tareas domésticas y de cuidado. Un informe oficial de 2022 estimó que alrededor de dos de cada diez jóvenes de los principales aglomerados urbanos argentinos no estudiaban ni realizaban un trabajo remunerado. Esto equivalía a más de 1,4 millones de personas en el universo analizado.⁵

El 59,3% de ese grupo estaba compuesto por mujeres. Entre ellas, una proporción importante se identificaba como ama de casa y estaba a cargo del cuidado de niños, adultos mayores u otros integrantes del hogar. Por lo tanto, muchas personas clasificadas como jóvenes que no estudian ni trabajan no permanecen completamente inactivas. Realizan actividades fundamentales para sus familias, pero no generan ingresos propios, derechos laborales, reconocimiento profesional ni autonomía económica.

⁵ Prieto, S., De la Fuente, X., Santellán, C., Fernández Scarlato, M. E., Podestá, R., Kirjner, L., & Gutiérrez, L. (2023). *Jóvenes en movimiento: Las brechas de género en la economía argentina (3.er trimestre de 2022)*. Dirección Nacional de Economía, Igualdad y Género, Secretaría de Política Económica, Ministerio de Economía. Disponible en: <https://www.argentina.gob.ar/economia/igualdadygenero/jovenes-en-movimiento-las-brechas-de-genero-en-la-economia-argentina-3deg-0>

Las mediciones internacionales más recientes muestran resultados similares. La Organización Internacional del Trabajo estimó que en 2025 el 15,2% de los jóvenes argentinos de entre 15 y 24 años no estaba empleado ni participaba de la educación ni de la capacitación. Aunque esta cifra utiliza una franja etaria diferente, vuelve a ubicar la dimensión del fenómeno en aproximadamente uno de cada seis jóvenes.⁶

Las dificultades de inserción también se observan en el desempleo. Durante el cuarto trimestre de 2025, la tasa de desocupación alcanzó el 16,8% entre las mujeres de 14 a 29 años y el 16,2% entre los varones del mismo grupo. Estos valores eran aproximadamente tres veces superiores a los registrados entre las personas de 30 a 64 años.⁷

La diferencia evidencia que los jóvenes enfrentan obstáculos específicos para acceder al mercado laboral. La falta de experiencia, la menor antigüedad y la concentración en actividades inestables los convierten en uno de los grupos más afectados durante los períodos de estancamiento o de contracción económica. Además, suelen ser quienes presentan las mayores dificultades para ingresar por primera vez a una ocupación formal.

La informalidad constituye otro elemento central. A finales de 2025, alrededor del 43% de los trabajadores argentinos se encontraba en situación informal. Aunque este porcentaje corresponde al conjunto de la población ocupada, permite comprender el contexto en el que se incorporan las nuevas generaciones. Muchos jóvenes dejan de formar parte del grupo que no estudia ni trabaja mediante changas, trabajos temporales o actividades de baja productividad que no ofrecen estabilidad ni protección social.⁸

Por ello, una reducción del indicador no siempre representa una integración plena. El resultado es favorable cuando se explica por la continuidad educativa, la formación profesional o el acceso a empleos estables. Su significado es más limitado cuando responde únicamente al crecimiento de ocupaciones precarias que no permiten

⁶ Organización Internacional del Trabajo. (s. f.). *Tasa de jóvenes ninis*. ILOSTAT. Recuperado el 26 de julio de 2026, de https://rshiny.ilo.org/dataexplorer34/?lang=en&id=SDG_0861_SEX_RT_A

⁷ Instituto Nacional de Estadística y Censos. (2026). *Mercado de trabajo. Tasas e indicadores socioeconómicos (EPH): Cuarto trimestre de 2025* (Trabajo e ingresos, vol. 10, n.º 3; Informes técnicos, vol. 10, n.º 65). INDEC. Disponible en:

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/mercado_trabajo_eph_4trim25AF451E16DE.pdf

⁸ Instituto Nacional de Estadística y Censos. (2026). *Mercado de trabajo. Indicadores de informalidad laboral (EPH): Cuarto trimestre de 2024 a cuarto trimestre de 2025*. INDEC. Disponible en:

https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/informalidad_laboral_eph_04_26798CEA49F8.pdf

acumular experiencia reconocida, derechos laborales ni ingresos suficientes para alcanzar la independencia económica.

Debe considerarse, además, que las principales mediciones argentinas se concentran en los aglomerados urbanos incluidos en la Encuesta Permanente de Hogares. En consecuencia, no describen con la misma precisión la situación de las zonas rurales y de las pequeñas localidades. En estos territorios, la escasa oferta educativa, las grandes distancias, los problemas de transporte y la limitada disponibilidad de empleos pueden generar dificultades específicas.

En comparación con América Latina, Argentina presentaba en 2023 una situación relativamente más favorable. La tasa urbana del 15,5% era inferior al promedio regional, que rondaba el 20,4%. Sin embargo, esta posición comparativa no reduce la importancia del problema nacional. Incluso una proporción menor que la de otros países representa una pérdida considerable de capacidades, oportunidades y potencial productivo.⁹

En síntesis, Argentina logró reducir, durante la última década, la proporción de jóvenes que no estudian ni trabajan de manera remunerada. La mejora fue especialmente importante entre las mujeres y permitió disminuir parcialmente la brecha de género. También se extendió la permanencia educativa y aumentó el número de jóvenes que combinan estudio y empleo.

No obstante, aproximadamente uno de cada seis jóvenes continúa fuera de la educación y del trabajo. Las mujeres siguen siendo las más afectadas, en gran medida por las responsabilidades de cuidado, mientras que el desempleo juvenil permanece muy por encima del de los adultos. A ello se suma que la incorporación al mercado laboral ocurre en una economía caracterizada por una elevada informalidad.

El desafío, por lo tanto, no consiste solamente en reducir la cantidad de jóvenes estadísticamente desvinculados. También es necesario garantizar que su incorporación se produzca mediante una educación efectiva, una formación pertinente y empleos capaces de proporcionar experiencia, ingresos, derechos y posibilidades reales de progreso.

⁹ Huepe, M. (2025), op. cit.

Perfiles y principales causas de la desvinculación juvenil

Los jóvenes que no estudian ni trabajan no constituyen un grupo homogéneo. La categoría reúne personas con trayectorias, responsabilidades y niveles de vulnerabilidad diferentes: jóvenes desempleados que buscan su primera oportunidad, personas que abandonaron sus estudios, trabajadores que alternan entre empleos informales y períodos de inactividad, jóvenes desalentados y mujeres dedicadas a tareas domésticas y de cuidado. También pueden incluirse personas que atraviesan problemas de salud, discapacidad o situaciones familiares complejas.

La desvinculación no responde, por lo tanto, a una única causa. Generalmente surge de la acumulación de obstáculos educativos, laborales, económicos, familiares y territoriales. Estos factores condicionan las oportunidades disponibles y pueden convertir una dificultad temporal en una trayectoria de exclusión prolongada.

Uno de los principales problemas es la interrupción de la educación secundaria. Muchos jóvenes abandonan sus estudios por la necesidad de generar ingresos, responsabilidades familiares, dificultades de aprendizaje, repitencias o experiencias negativas en la escuela. La percepción de que la educación no garantiza mejores oportunidades también puede debilitar el interés en continuar estudiando.

No finalizar el secundario limita posteriormente las posibilidades de acceder a empleos formales y mejor remunerados. Además, cuanto más tiempo permanece una persona fuera del sistema educativo, mayores son las dificultades para retomar los estudios. De esta forma, el abandono escolar puede desencadenar una trayectoria marcada por empleos informales, períodos de desempleo y una menor autonomía económica.

A esto se suma una débil articulación entre el sistema educativo y el mercado laboral. Muchos jóvenes terminan sus estudios sin experiencia laboral, orientación vocacional ni conocimientos suficientes sobre las ocupaciones disponibles. Al mismo tiempo, las empresas suelen exigir antecedentes y competencias que quienes buscan su primer empleo todavía no han tenido la oportunidad de adquirir.

Esta dificultad afecta especialmente a los jóvenes desempleados. La falta de experiencia, la escasez de contactos, la distancia respecto de los centros de empleo y la limitada creación de puestos formales dificultan el ingreso al mercado laboral. Como consecuencia, muchos aceptan changas, trabajos temporales o actividades alejadas de su formación.

La informalidad agrava esta situación. Aunque estas ocupaciones proporcionan ingresos inmediatos, no siempre ofrecen estabilidad, protección social, capacitación ni oportunidades de construir una carrera. Muchos jóvenes alternan entre empleos breves, desempleo, cursos y períodos de inactividad. Por ello, la desvinculación no siempre es permanente, sino que puede formar parte de trayectorias fragmentadas y precarias.

Dentro de este conjunto también se encuentran los jóvenes desalentados. Son personas que desean trabajar, pero dejaron de buscar porque consideran que no existen oportunidades o porque han realizado intentos reiterados y fallidos. Aunque estadísticamente no sean considerados desempleados, su alejamiento del mercado laboral se relaciona directamente con la falta de perspectivas. Cuanto más se prolonga esta situación, mayores son las posibilidades de perder habilidades, contactos y confianza.

Las responsabilidades domésticas y de cuidado constituyen otro factor central, especialmente entre las mujeres. El cuidado de hijos, hermanos, adultos mayores o familiares con discapacidad puede impedir la continuidad educativa, la búsqueda de empleo o la aceptación de un puesto. Aunque estas tareas resultan indispensables para los hogares, no se consideran empleo cuando se realizan sin remuneración.

En estos casos, la desvinculación no implica una ausencia absoluta de actividad. El problema es que las tareas de cuidado no generan ingresos propios, experiencia laboral reconocida ni protección social. Además, reducen el tiempo disponible para estudiar, capacitarse o incorporarse al mercado laboral. Esta distribución desigual de responsabilidades explica una parte importante de la mayor presencia femenina en el grupo.

La situación también varía según la edad. Entre los adolescentes, la desvinculación suele asociarse principalmente con la interrupción de la escuela secundaria. Entre los 20 y los 24 años adquieren mayor importancia la búsqueda del primer empleo y las dificultades para continuar estudios superiores. Entre los 25 y los 29 años aumentan las responsabilidades familiares, las tareas de cuidado y la necesidad de consolidar una trayectoria laboral.

El nivel socioeconómico del hogar también condiciona las posibilidades. Los jóvenes de familias con mayores recursos suelen contar con más oportunidades para continuar estudiando, realizar capacitaciones o buscar empleo durante períodos prolongados. En cambio, quienes viven en hogares pobres enfrentan mayores

presiones para generar ingresos y disponen de menos recursos para cubrir gastos de transporte, conectividad, materiales o cuidado infantil.

Esta situación produce una relación circular. La necesidad económica puede llevar a abandonar los estudios para buscar trabajo, pero la menor formación reduce posteriormente las posibilidades de acceder a empleos estables y bien remunerados. De esta manera, la pobreza favorece la desvinculación educativa y laboral, mientras que esta, a su vez, aumenta el riesgo de permanecer en la pobreza.

El lugar de residencia también introduce desigualdades. La disponibilidad de escuelas, universidades, centros de formación, transporte y empleadores varía considerablemente entre las grandes ciudades, las pequeñas localidades y las zonas rurales. Un joven puede querer estudiar o trabajar, pero no contar con instituciones cercanas, conectividad suficiente o medios para trasladarse.

Pueden influir, además, problemas de salud, discapacidad, consumo problemático, violencia o conflictos familiares. En estos casos, las dificultades educativas y laborales se combinan con otras formas de vulnerabilidad, por lo que requieren intervenciones especializadas y un acompañamiento más amplio.

La duración de la desvinculación es otro aspecto importante. Permanecer algunos meses fuera del estudio y del trabajo no produce las mismas consecuencias que hacerlo durante varios años. Cuanto más prolongado es el período, mayores son las probabilidades de perder habilidades, redes de contacto y confianza, y más difícil resulta retomar los estudios o ingresar al mercado laboral.

Por ello, la categoría no debe utilizarse como una etiqueta permanente ni interpretarse como el resultado de una falta de voluntad. El elemento común no es que estos jóvenes “no hagan nada”, sino que no logran integrarse de manera estable a la educación, la capacitación o el empleo.

Las respuestas deben adaptarse a los diferentes perfiles. Quien abandonó la escuela necesita mecanismos de terminalidad educativa; quien busca su primer empleo requiere experiencia y orientación laboral; quien se encuentra desalentado necesita acompañamiento; y quien realiza tareas de cuidado requiere servicios que le permitan disponer de tiempo para estudiar o trabajar.

En consecuencia, reducir la desvinculación juvenil exige políticas integrales. No alcanza con ofrecer capacitaciones aisladas si no existen oportunidades laborales,

servicios de cuidado o mecanismos para finalizar los estudios. El desafío consiste en articular educación, formación profesional, empleo y protección social, interviniendo antes de que los obstáculos se acumulen y transformen una situación temporal en una exclusión prolongada.

Comparación y enseñanza internacional

La comparación internacional permite determinar si la situación argentina responde a características propias o forma parte de un problema más amplio. Sin embargo, debe realizarse con cautela, ya que las fuentes no siempre utilizan las mismas edades ni definiciones.

En América Latina, aproximadamente el 20,4% de los jóvenes de 15 a 29 años no estudiaba ni trabajaba de manera remunerada alrededor de 2023. La tasa argentina, limitada a las áreas urbanas, era del 15,5%, por lo que se ubicaba por debajo del promedio regional y entre los valores más bajos de los países analizados.¹⁰

Entre los países seleccionados, Chile registraba una tasa del 16,8%, Uruguay del 17,8% y México del 18,4%. Brasil se ubicaba en el 21,2% y Colombia en el 23,7%. Estos resultados muestran que Argentina presentaba una posición relativamente favorable dentro de la región, aunque todavía alrededor de uno de cada seis jóvenes permanecía fuera de la educación y del trabajo remunerado. Los datos de Chile y México corresponden a 2022, mientras que los de Argentina solo representan zonas urbanas.¹¹ (véase Tabla 3 y Gráfico 2).

Tabla 3. Comparación internacional de la tasa de jóvenes NEET

País / región	Año	Tasa NEET
Países Bajos	2024	5,2%
Alemania	2024	9,9%
Promedio OCDE	2024	14,0%
Argentina (urbano)	2023	15,5%
Chile	2022	16,8%
Italia	2024	17,5%
España	2024	17,6%
Uruguay	2023	17,8%
México	2022	18,4%
Promedio América Latina	2023	20,4%

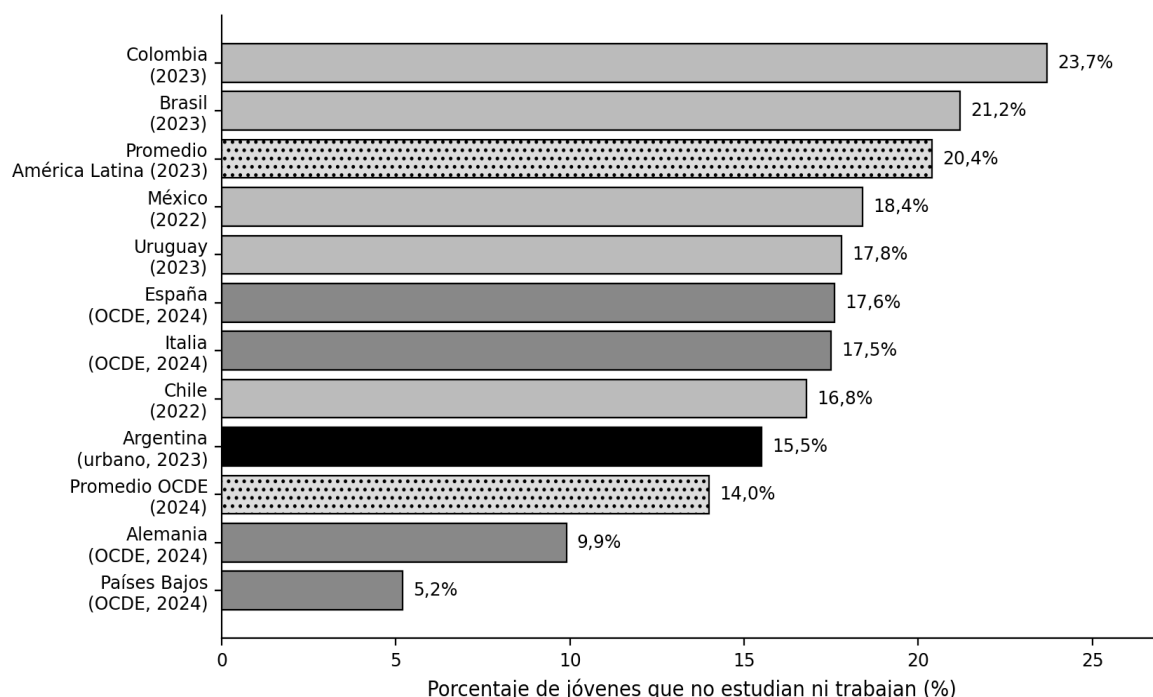
¹⁰ Huepe, M. (2025), op. cit.

¹¹ Huepe, M. (2025), op. cit.

Brasil	2023	21,2%
Colombia	2023	23,7%

Fuente: elaboración propia sobre la base de Huepe, M. (2025) y OCDE (2025). Los datos de Chile y México corresponden a 2022; el resto, a 2023 (América Latina) o 2024 (OCDE).

Gráfico 2. Comparación internacional de la tasa de jóvenes NEET



Fuente: elaboración propia sobre la base de Huepe, M. (2025) y OCDE (2025).

Las diferencias regionales no dependen exclusivamente del nivel de desarrollo económico. También se relacionan con la capacidad de los sistemas educativos para retener a los estudiantes, la informalidad laboral, las oportunidades de primer empleo, la distribución de las tareas de cuidado y las desigualdades sociales y territoriales. En América Latina, la exclusión afecta especialmente a las mujeres, a los jóvenes de hogares de menores ingresos y a quienes viven en zonas rurales.

Brasil y Colombia presentan tasas superiores a la Argentina, aunque poseen estructuras económicas y productivas diferentes. En ambos casos, la informalidad, las desigualdades sociales y las dificultades para vincular la educación con empleos de calidad limitan la integración juvenil. En Colombia, además, la tasa aumentó respecto de la medición anterior, mientras que Brasil registró una reducción, aunque continuó por encima del promedio argentino.

Chile, Uruguay y México presentan valores más cercanos a los de Argentina. Sin embargo, la composición interna del fenómeno puede variar. En algunos países predomina el desempleo juvenil, mientras que en otros tiene mayor peso la inactividad vinculada con responsabilidades familiares y de cuidado. Por ello, dos países con tasas semejantes pueden necesitar políticas diferentes.

La comparación con las economías desarrolladas muestra una mayor diversidad. En 2024, el promedio de jóvenes de 18 a 24 años que no trabajaban ni participaban de la educación o capacitación era del 14% entre los países de la OCDE. Sin embargo, existían diferencias muy amplias entre los países, demostrando que el nivel de ingresos por sí solo no garantiza una transición adecuada entre la escuela y el empleo.¹²

Los Países Bajos constituyen uno de los casos con mejores resultados. En 2024, solo el 5,2% de los jóvenes de 18 a 24 años se encontraba fuera del empleo, la educación y la capacitación. Además, el 51% de los jóvenes de esa edad combinaba estudios y trabajo, una proporción considerablemente superior al promedio de la OCDE.¹³

La experiencia neerlandesa muestra que estudiar y trabajar no tienen que ser actividades necesariamente excluyentes. La posibilidad de acceder a empleos de tiempo parcial, experiencias laborales compatibles con la formación y trayectorias educativas flexibles facilita una incorporación gradual al mercado laboral. Este tipo de articulación permite obtener experiencia e ingresos sin abandonar necesariamente los estudios.

Suiza constituye otro de los casos de referencia dentro de la OCDE. En 2024, el 10,1% de los jóvenes de 18 a 24 años se encontraba en situación NEET, una de las tasas más bajas entre los países analizados y cercana a la de Alemania.¹⁴

Alrededor de dos tercios de los adolescentes suizos optan por la formación profesional dual al finalizar la escolaridad obligatoria, combinando el aprendizaje práctico en empresas con la formación en centros educativos. El diseño de los programas está a cargo de organizaciones profesionales sectoriales que reúnen asociaciones empresariales y organizaciones de trabajadores, en coordinación con

¹² Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos [OCDE]. (2025). *Education at a Glance 2025: OECD Indicators*. OECD Publishing. Disponible en: https://www.oecd.org/en/publications/education-at-a-glance-2025_1c0d9c79-en/full-report/transition-from-education-to-work-where-are-today-s-youth_b90719d0.html

¹³ OCDE (2025), op. cit.

¹⁴ OCDE (2025), op. cit.

la Confederación y los cantones, lo que permite actualizar los contenidos formativos según las necesidades productivas de cada región.¹⁵

Alemania también presenta resultados relativamente favorables. En 2024, el 9,9% de los jóvenes de 18 a 24 años se encontraba en situación NEET. Una de las características más reconocidas de su sistema es la formación profesional dual, que combina la educación en instituciones formativas con el aprendizaje en empresas.¹⁶

El sistema dual facilita una relación más directa entre las capacidades adquiridas y las necesidades del mercado laboral. Los jóvenes pueden obtener experiencia antes de finalizar su formación, mientras que las empresas participan en el desarrollo de las competencias que posteriormente demandarán. La OCDE considera que los aprendizajes laborales constituyen una herramienta eficaz para facilitar la transición entre la escuela y el empleo.

Sin embargo, no todos los países desarrollados presentan tasas reducidas. En España, el 17,6% de los jóvenes de 18 a 24 años se encontraba fuera del empleo, de la educación o de la capacitación en 2024. El desempleo tenía un peso considerable dentro de este grupo, lo que refleja las dificultades de muchos jóvenes para encontrar trabajo después de finalizar o abandonar sus estudios.¹⁷

Italia presentaba una situación similar. En 2024, la tasa se ubicaba aproximadamente en el 17,5% entre los jóvenes de 18 a 24 años, con valores prácticamente iguales entre hombres y mujeres. Aunque el país registró una mejora importante respecto de 2019, continuaba presentando dificultades para facilitar la transición hacia el empleo estable.¹⁸

Los casos de España e Italia demuestran que la pertenencia a una economía desarrollada no elimina automáticamente el fenómeno. Los mercados laborales segmentados, el desempleo juvenil, las diferencias territoriales y una débil conexión entre ciertas formaciones y las oportunidades disponibles pueden mantener a una proporción elevada de jóvenes fuera de ambas actividades. La OCDE señala que los

¹⁵ European Commission/EACEA/Eurydice. (2023). *Switzerland: Organisation of vocational upper secondary education*. Eurydice – National Education Systems. Disponible en: <https://eurydice.eacea.ec.europa.eu/national-education-systems/switzerland/organisation-vocational-upper-secondary-education>

¹⁶ OCDE (2025), op. cit.

¹⁷ OCDE (2025), op. cit.

¹⁸ OCDE (2025), op. cit.

mercados divididos entre empleos estables y ocupaciones precarias aumentan el riesgo de desvinculación juvenil.

La comparación permite identificar dos grandes modelos. Por un lado, países como Alemania, Suiza y los Países Bajos presentan mecanismos que facilitan una incorporación gradual al trabajo, mediante formación profesional, aprendizajes, empleos compatibles con el estudio y una relación más estrecha entre instituciones educativas y empresas. Por otro, países como España e Italia muestran que una elevada cobertura educativa puede coexistir con dificultades para acceder al primer empleo y consolidar una trayectoria estable.

Argentina se encuentra en una posición intermedia. Presenta una tasa inferior al promedio latinoamericano y cercana a la de algunos países del sur de Europa, aunque las cifras no son directamente equivalentes por las diferencias de edad y metodología. Al mismo tiempo, su elevada informalidad implica que una parte de los jóvenes considerados ocupados desarrolla actividades precarias, temporales o sin protección social.

La principal enseñanza internacional es que no alcanza con ampliar la educación o crear empleos de manera aislada. Los países con mejores resultados tienden a construir mecanismos que acompañan la transición entre ambas etapas. Esto incluye orientación vocacional, formación técnica, prácticas laborales, sistemas de aprendizaje, servicios de intermediación y posibilidades de combinar estudio y trabajo.

La existencia de servicios de cuidado resulta, asimismo, fundamental. En América Latina, una parte importante de las mujeres jóvenes permanece fuera de la educación y del empleo por responsabilidades domésticas no remuneradas. Sin políticas que redistribuyan estas tareas, las medidas de capacitación o empleo pueden resultar insuficientes para reducir la brecha de género.

Argentina no necesita reproducir de manera exacta el modelo de otro país, ya que las instituciones y las estructuras productivas son diferentes. Sin embargo, puede incorporar algunos de sus principios: fortalecer la educación técnica, ampliar las experiencias laborales durante la formación, facilitar el primer empleo formal, mejorar la orientación profesional y desarrollar servicios de cuidado.

En síntesis, la comparación muestra que Argentina presenta mejores resultados que el promedio latinoamericano, pero continúa lejos de los países que logran integrar

con mayor eficacia a sus jóvenes. También demuestra que el crecimiento económico o la extensión educativa, por sí solos, no garantizan una transición exitosa. Los mejores resultados aparecen cuando existe una articulación sostenida entre educación, capacitación, empresas, políticas laborales y protección social.

Consecuencias de la desvinculación juvenil

La desvinculación de la educación y del trabajo produce consecuencias que exceden la situación inmediata de cada joven. Cuando se prolonga, puede afectar sus ingresos futuros, su autonomía, sus oportunidades laborales y su participación en la vida social. Al mismo tiempo, genera costos para las familias, el sistema productivo y el Estado.

En el plano individual, permanecer fuera del sistema educativo limita la adquisición de conocimientos y certificaciones necesarias para acceder a empleos de mayor calidad. La falta de experiencia laboral también dificulta el ingreso posterior al mercado de trabajo, especialmente cuando las empresas valoran los antecedentes y la continuidad de las trayectorias.

Cuanto más prolongado es el período de desvinculación, mayor es la pérdida de habilidades, contactos y hábitos relacionados con el estudio o el empleo. Esto puede generar un círculo de exclusión: la falta de experiencia dificulta conseguir trabajo, mientras que la imposibilidad de acceder a una primera ocupación prolonga la ausencia de experiencia.

Las consecuencias económicas se reflejan en menores ingresos y una mayor dependencia del hogar de origen. La dificultad para acceder a un empleo estable puede retrasar la autonomía económica, la formación de un hogar propio y la planificación de proyectos personales. En los sectores de menores recursos, además, aumenta el riesgo de reproducir situaciones de pobreza entre generaciones.

La informalidad permite que algunos jóvenes obtengan ingresos, pero no siempre resuelve el problema de fondo. Los trabajos precarios suelen ofrecer menores salarios, escasa estabilidad y falta de protección social. La alternancia entre changas, desempleo e inactividad dificulta la construcción de una trayectoria laboral y el acceso a derechos como aportes jubilatorios, vacaciones o cobertura frente a accidentes.

La desvinculación también afecta el bienestar emocional. Las dificultades reiteradas para estudiar, conseguir empleo o alcanzar independencia pueden provocar

frustración, pérdida de confianza y debilitamiento de las expectativas de progreso. El aislamiento respecto de instituciones educativas y laborales reduce, además, las redes de apoyo y pertenencia.

Las familias también enfrentan consecuencias importantes. Cuando un joven no obtiene ingresos propios, el hogar debe sostener durante más tiempo sus necesidades económicas. En familias con recursos limitados, esta situación puede profundizar las dificultades existentes. A su vez, cuando una joven queda fuera de la educación y del empleo por responsabilidades de cuidado, su aporte doméstico resulta fundamental, pero su autonomía económica se ve restringida.

En el plano productivo, una elevada proporción de jóvenes desvinculados representa una pérdida de capacidades. El país desaprovecha conocimientos, energía y potencial laboral que podrían contribuir al crecimiento, la innovación y la creación de nuevas actividades. Al mismo tiempo, las empresas pueden enfrentar dificultades para encontrar trabajadores con experiencia o formación adecuada.

El fenómeno también afecta las finanzas públicas. Una menor participación laboral reduce los aportes al sistema tributario y de seguridad social, mientras que las situaciones prolongadas de vulnerabilidad pueden aumentar la necesidad de asistencia estatal. Por ello, prevenir la desvinculación puede resultar menos costoso que intervenir cuando la exclusión ya se encuentra consolidada.

Las consecuencias sociales incluyen una mayor desigualdad y una menor movilidad. Los jóvenes pertenecientes a hogares con mayores recursos suelen disponer de más apoyo para retomar los estudios o sostener una búsqueda laboral. En cambio, quienes viven en condiciones desfavorables tienen menos posibilidades de superar los obstáculos iniciales, lo que profundiza las diferencias de origen.

No todos los períodos fuera de la educación y del trabajo producen los mismos efectos. Una desvinculación breve puede formar parte de una transición normal entre la escuela, una capacitación y el empleo. El problema aparece cuando la situación se prolonga, se repite o se combina con pobreza, abandono educativo, responsabilidades de cuidado y falta de oportunidades laborales.

En síntesis, la desvinculación juvenil no solo perjudica a quienes la atraviesan. También limita el desarrollo económico, aumenta la presión sobre las familias y reproduce desigualdades sociales. Reducirla constituye, por lo tanto, una inversión en capital humano, productividad, autonomía y cohesión social.

Propuestas para reducir la desvinculación juvenil en Argentina

Reducir la cantidad de jóvenes que no estudian ni trabajan requiere políticas coordinadas y adaptadas a los distintos perfiles. No basta con ofrecer cursos aislados o incentivos temporales. Las medidas deben actuar antes del abandono educativo, facilitar el ingreso al empleo formal y eliminar obstáculos como las tareas de cuidado, la falta de experiencia y las desigualdades territoriales.

Una primera propuesta consiste en crear un sistema nacional de alerta temprana para detectar a estudiantes en riesgo de abandonar la escuela secundaria. Las inasistencias reiteradas, la repitencia, el bajo rendimiento y la desvinculación progresiva deben activar los mecanismos de acompañamiento. Cada estudiante identificado puede recibir apoyo pedagógico, orientación y seguimiento por parte de tutores, quienes también mantienen contacto con su familia.

Esta política debe complementarse con alternativas flexibles para finalizar el secundario. Los jóvenes que trabajan, cuidan a familiares o abandonaron hace varios años necesitan horarios adaptados, modalidades semipresenciales, reconocimiento de materias aprobadas y acompañamiento personalizado. El objetivo no debe limitarse a reincorporarlos, sino a garantizar que puedan continuar y completar sus estudios.

Otra medida central consiste en fortalecer la articulación entre la educación y el mundo laboral. Durante los últimos años de la escuela secundaria conviene incorporar orientación vocacional, formación digital, conocimientos financieros básicos y prácticas en empresas, organismos públicos y organizaciones sociales. Estas experiencias deben tener objetivos formativos claros y no reemplazar puestos de trabajo remunerados.

Argentina puede ampliar, asimismo, un sistema de formación profesional inspirado parcialmente en el modelo dual, que combine clases en escuelas técnicas o centros de formación con aprendizaje práctico dentro de empresas. El diseño de los contenidos formativos debe contar con la participación de organizaciones de trabajadores y cámaras empresariales sectoriales, siguiendo la lógica de gobernanza compartida que caracteriza al sistema suizo y, en menor medida, al alemán. La formación debe responder a las necesidades productivas de cada región, incluyendo sectores como tecnología, industria, construcción, logística, energía, servicios y economía del conocimiento.

Para facilitar el primer empleo formal, corresponde implementar un programa de incentivos temporales dirigido a empresas que contraten jóvenes sin experiencia. El Estado podría cubrir durante un período limitado una parte de las contribuciones patronales o del costo de capacitación. El beneficio debe estar condicionado a la registración laboral, al cumplimiento de un plan formativo y al mantenimiento del trabajador durante un plazo mínimo.

Los incentivos no deben utilizarse para sustituir trabajadores existentes ni promover una rotación permanente de jóvenes subsidiados. Por ello, conviene controlar la evolución de la planta de personal, con participación de las organizaciones de trabajadores en ese seguimiento, y otorgar mayores beneficios cuando la contratación se transforme en un empleo estable. Las pequeñas y medianas empresas pueden recibir asistencia adicional para desarrollar tutorías y planes de capacitación.

La expansión de los servicios de cuidado constituye otra política fundamental. La creación de jardines maternos, centros de primera infancia y espacios comunitarios permite que jóvenes con hijos o familiares a cargo estudien, se capaciten o trabajen. También pueden otorgarse becas para cubrir gastos de cuidado y transporte durante la participación en programas educativos o laborales.

Las políticas deben incluir un acompañamiento específico para los jóvenes desalentados. Las oficinas de empleo podrían contar con orientadores encargados de elaborar un diagnóstico individual, identificar capacidades, ayudar a preparar currículums y vincular a cada persona con ofertas laborales o educativas. El seguimiento debe continuar después de la incorporación para reducir el riesgo de un nuevo abandono.

Conviene, asimismo, crear una ventanilla única juvenil que integre en un mismo espacio los programas de educación, empleo, capacitación y protección social. Actualmente, un joven puede necesitar recurrir a diferentes organismos para obtener información o asistencia. La unificación simplificaría los trámites y permitiría construir una trayectoria personalizada según sus necesidades.

La dimensión territorial debe ocupar un lugar central. Los programas nacionales deben aplicarse mediante acuerdos con provincias y municipios, adaptándose a las características productivas y sociales de cada zona. En localidades alejadas, pueden utilizarse aulas móviles, formación virtual, becas de transporte y convenios con empresas locales.

El acceso a conectividad y dispositivos debe considerarse, asimismo, una condición básica. La búsqueda laboral, la capacitación y una parte creciente de la educación dependen de herramientas digitales. Los jóvenes que carecen de computadora, conexión estable o conocimientos tecnológicos parten de una posición desfavorable frente a las oportunidades disponibles.

Las políticas deben diferenciar los perfiles de los beneficiarios. Un adolescente que abandonó la secundaria no necesita la misma intervención que una joven con hijos, un graduado que busca su primer empleo o una persona que atraviesa una discapacidad. La evaluación inicial permite combinar educación, capacitación, empleo, cuidados y asistencia social según cada caso.

Finalmente, todos los programas deben incorporar sistemas de seguimiento y evaluación. No alcanza con medir cuántos jóvenes se inscriben o completan una capacitación: también debe analizarse cuántos retoman los estudios, consiguen empleo formal, mantienen su ocupación y mejoran sus ingresos. Los resultados permiten identificar qué políticas funcionan y corregir aquellas que no producen efectos duraderos.

Una estrategia efectiva para Argentina debe apoyarse en cinco pilares: prevención del abandono escolar, finalización educativa flexible, formación vinculada con las necesidades productivas, acceso al primer empleo formal y ampliación de los servicios de cuidado. Estas medidas deben articularse mediante un acompañamiento individual y una coordinación sostenida entre el Estado, las instituciones educativas, las empresas, las organizaciones de trabajadores y las organizaciones sociales.

Conclusiones

La situación de los jóvenes que no estudian ni trabajan constituye un problema complejo que no puede explicarse por una única causa. Bajo una misma categoría se reúnen jóvenes desempleados, personas que abandonaron sus estudios, trabajadores informales con trayectorias intermitentes, personas desalentadas y mujeres dedicadas a tareas de cuidado no remuneradas. Por ello, resulta necesario evitar interpretaciones que los presenten como un grupo homogéneo o como desvinculados por decisión propia.

El análisis mostró que la situación argentina presenta una doble característica. Por un lado, el país registra una proporción de jóvenes desvinculados inferior al promedio latinoamericano. Por otro lado, la cantidad de personas afectadas continúa siendo considerable y se desarrolla en un mercado laboral marcado por el desempleo

juvenil, la informalidad y la inestabilidad. Una tasa comparativamente favorable no implica, por lo tanto, que el problema se reduzca.

La interrupción de la educación secundaria constituye uno de los factores centrales. Abandonar los estudios limita las posibilidades de acceder a empleos formales y aumenta el riesgo de desarrollar trayectorias laborales precarias. A esto se suma la débil articulación entre el sistema educativo y el mercado de trabajo, que deja a muchos jóvenes sin experiencia, orientación o capacidades directamente vinculadas a las oportunidades productivas disponibles.

Las responsabilidades domésticas y de cuidado también desempeñan un papel decisivo. La mayor presencia femenina en el grupo demuestra que una parte importante de la desvinculación se relaciona con tareas indispensables para los hogares, pero no remuneradas ni reconocidas como empleo. Sin servicios de cuidado y una distribución más equilibrada de estas responsabilidades, muchas jóvenes seguirán teniendo dificultades para estudiar, capacitarse o trabajar.

El nivel socioeconómico y el territorio profundizan estas desigualdades. Los jóvenes de hogares con mayores recursos pueden sostener sus estudios o una búsqueda laboral durante más tiempo, mientras que quienes viven en condiciones de pobreza enfrentan mayores presiones para generar ingresos. La falta de transporte, conectividad, instituciones educativas o empresas también reduce las oportunidades en determinadas regiones.

La comparación internacional permitió observar que los países con mejores resultados no eliminan el problema con una sola política. Sus avances se relacionan con una mayor articulación entre educación y trabajo, sistemas de formación profesional, prácticas laborales, posibilidades de combinar estudio y empleo, orientación vocacional y servicios de cuidado. En cambio, incluso economías desarrolladas pueden registrar tasas elevadas cuando persisten dificultades para acceder al primer empleo o consolidar una trayectoria estable.

Las consecuencias de la desvinculación afectan tanto a los jóvenes como a la sociedad en su conjunto. En el plano individual, pueden producir menores ingresos futuros, pérdida de habilidades, dependencia económica y debilitamiento de las expectativas de progreso. En el plano colectivo, representan una pérdida de capacidades productivas, mayor desigualdad, menor movilidad social y una presión adicional sobre las familias y las políticas públicas.

Frente a este panorama, las respuestas deben ser integrales. Argentina necesita prevenir el abandono escolar, ampliar las modalidades de la terminalidad educativa, fortalecer la formación profesional, generar experiencias de primer empleo formal y extender los servicios de cuidado. También resulta necesario mejorar la coordinación entre los organismos públicos, las instituciones educativas y las empresas, así como evaluar los programas en función de su capacidad para generar inserciones duraderas.

En definitiva, la principal conclusión es que los jóvenes no deben ser considerados un problema, sino una capacidad social y productiva que no está siendo plenamente aprovechada. La categoría “nini” puede resultar útil para medir una situación, pero no debe convertirse en una etiqueta permanente ni estigmatizante. El verdadero desafío consiste en crear condiciones que permitan a cada joven retomar una trayectoria de educación, trabajo y autonomía.

Reducir la desvinculación juvenil no solo mejora las oportunidades individuales. También fortalece el capital humano, amplía la base productiva y favorece una sociedad más integrada. Por ello, intervenir de manera temprana y coordinada debe entenderse como una inversión estratégica en el desarrollo económico y social de la Argentina.